

lejos el turco esgrimió su lanza y su cimitarra contra los seis caballeros de que antes hablé. Mi primer pensamiento fué acudir en socorro del que luchaba solo contra seis; pero vi que no hacía falta mi intervención. Le mataron, pero salieron heridos. Oí pronunciar el nombre de uno de ellos...

Se había formado círculo en rededor de los tres, y reinaba en el salón un silencio glacial; sólo se oía la voz trémula, pero serena y firme del anciano.

—¿Y ese nombre?

—Era Nocé, señor.

Felipe de Mantua palideció:

—¡Imposible, caballero! Nocé es uno de mis gentileshombres, y yo salgo fiador de que, lejos de haber atacado á nadie, tuvieron que defenderse del ataque de varios malandrines.

El anciano irguió con altivez su venerable cabeza.

—Aquél salió herido en el hombro. Yo digo lo que vi. Las nubes velaron la Luna, y ya no pude ver al turco. Cuando los caballeros se fueron llegué, busqué por todas partes, y no pude hallarle por ninguna. No puedo afirmar si ha muerto; pero sí afirmo por mi honor que luchó contra los seis caballeros, uno de los cuales se llama Nocé.

Gonzaga se tambaleó.

—Sentaos, Príncipe—le dijo irónicamente el Rey;—no tardaremos en saber si tenéis gentileshombres ó asesinos en vuestra casa.

XV

Tribunal regio.

No había memoria de que en la corte de Madrid el ansia de hacer justicia hubiera convertido en audiencia una recepción palatina. Y tal fué lo que ocurrió aquella noche, cosa tanto más extraordinaria, cuanto que Felipe V no era hombre de resoluciones prontas. El secreto de la energía de que daba pruebas encerrábase en la carta del Regente, y como los cortesanos desconocían la existencia de semejante pliego, no podían menos de asombrarse.

Verdad que le interesaba Sulkham, que le distrajo agradablemente durante unos días, así como á sus cortesanos y á una parte de la villa: se le debían algunos miramientos y consideraciones por su habilidad y talento; pero de eso á interrumpir una fiesta palatina que era un acontecimiento dinástico, había mucha distancia. El turco sólo era un pretexto que llegaba

muy oportunamente, y que no debía desperdiciar. Así tendría motivo para cumplir los deseos del Regente de Francia, despeñando á Gonzaga de la cúspide del favor á la sima de la desgracia.

Los grandes de España no profesaban á aquel intruso gran simpatía, desconfiaban de su empalagosidad italiana, y evitaban su trato lo más que podían. El Rey invitó á las damas á que se sentasen en torno del salón, los caballeros se colocaron de pie tras ellas, el Soberano se sentó en medio al lado de la Reina y teniendo tras ellos á los Príncipes é Infantes y grandes dignatarios de la corte, y en medio de la mayor ansiedad por aquel aparato entró el Alcalde mayor.

Habló un instante con el Monarca, volvióse, hizo una seña, y entre un zaganete de albarderos entraron los gentileshombres de la casa de Gonzaga, incluso M. de Peyrolles. La inquietud pintábase en sus semblantes, y buscaron con los ojos al Príncipe en demanda de protección; pero el de Mantua estaba trastornado, ansioso, abatido.

Detúvose el grupo á pocos pasos del Rey, que hizo á Gonzaga seña de acercarse. Una vez que hubo obedecido le dijo al Monarca:

—Caballero, no hay un príncipe de mi casa ni un grande de mi corte que no se juzgue

responsable de los actos llevados á cabo por sus gentileshombres. ¿Asumís la misma responsabilidad por los vuestros?

—Sí; fío en su honradez y en su lealtad— repuso Felipe de Mantua paseando en torno suyo una altiva mirada.—Si hubieran cometido algún entuerto, yo lo sabría, y los habría castigado inmediatamente.

—Entonces, defendedlos de modo que su culpabilidad no nos haga creer en la vuestra.

El Príncipe estrujó los encajes de su chorrera, y con la insolencia á que recurría en las grandes ocasiones adelantó un paso más hacia el Rey, y dijo con tono ligeramente desdeñoso:

—Interrogadme, señor.

—Caballeros—prosiguió el Monarca, encarándose con los *enrodados*,—servíos decirnos dónde estuvisteis y qué hicisteis anoche á eso de las doce. Señor de Nocé, responded por todos.

El interpelado comprendió que todo estaba perdido si no echaba mano de toda su audacia, é irguiendo insolentemente la cabeza hizo un relato fantástico del ataque de que fueron víctimas, y aun se permitió criticar lo desamparada que estaba la villa de alguaciles que protegiesen á las gentes honradas contra los malandrines. Así creyó imponerse al Soberano, cuya debilidad de carácter era conocida. Pero no sabía que el Rey

estaba decidido á castigar á Gonzaga y sus secuaces por satisfacer á toda costa los deseos del Regente de Francia.

—Es posible que las calles de nuestra corte no estén seguras cuando vos y vuestros compañeros os halláis en ellas. Y eso será en todo caso la única verdad que habéis dicho. En todo lo demás habéis mentido.

Los enrodados se estremecieron, las facciones de Gonzaga se contrajeron, y Nocé se mordió los labios.

—¿De qué se nos acusa?—preguntó éste.—Vuestra Majestad debe darnos á conocer nuestras supuestas culpas para poder defendernos.

—Se os acusa á vos, señor de Nocé y á cinco compañeros vuestros de haber matado anoche á eso de las doce al turco Sulkham y de haber hecho desaparecer su cadáver.

—Y nosotros juramos—exclamaron los seis alzando los brazos—no haber matado anoche ni al turco Sulkham ni á nadie.

Aquel juramento espontáneo impresionó favorablemente á los circunstantes. Felipe de Mantua, satisfecho, irguió más la cabeza.

—¿Quién nos acusa?

—Todos acaban de oír el relato hecho por un testigo irrecusable, y que está dispuesto á repetirlo si se lo rogamos. Además, el Alcalde mayor ha obtenido la declaración de otros

cuatro testigos. Todos ellos van á repetir ante Nos cuanto saben; y si todas las declaraciones están acordes, vuestras negativas no tendrán valor alguno: tanto más, cuanto que habéis principiado por mentir.

El Alcalde mayor hizo entrar primero á un monje, que juró por los Santos Evangelios decir verdad, y relató lo ocurrido hasta la repentina aparición del musulmán, la cual los puso en fuga, y repitió casi textualmente las incitaciones de Nocé á la multitud. Reconoció al caballero, y afirmó que no había visto caer á Sulkham. Los tres mendigos declararon sucesivamente lo mismo.

—Hasta ahora, señores, no aparecen los más mínimos indicios de vuestro supuesto ataque por unos malandrines. En vista de ello, ¿no tenía yo razón al afirmar que la calle era peligrosa cuando estabais en ella vosotros? Tenemos por un lado un paseante inofensivo, y por otro seis caballeros que excitan á la multitud con patrañas y la incitan á despedazar á un transeunte. Nos hallamos con que este paseante es bastante valiente y arrojado para arrostrar el peligro y afrontarlo. Pero erais seis contra uno, y desde aquel momento nadie ha vuelto á verle. Vuestra primera mentira nos veda creer vuestro juramento. El homicidio se complica con el perjurio.

—Entre el juramento de ese monje y de esos mendigos y el de mis gentiles-hombres, señor, puede elegir Vuestra Majestad. Pero os ruego, señor, que no olvidéis que habéis hecho prometer doscientos doblones á quien os diera noticias de este turco, y por esa suma habrá cien mendigos y media docena de monjes dispuestos á jurar hasta que me han visto á mí mismo matarle.

El Rey miró á Gonzaga friamente.

—Os olvidáis, Príncipe, de que ante vos mismo hace un instante que un noble hidalgo ha dicho lo mismo. ¿Le haréis la injuria de creerle capaz de venderse por doscientos doblones?

El italiano no quiso apurarse por tan poco. Por tal razón, y creyendo consagrar así la ventaja que suponía haber conquistado, replicó:

—¿Le conoce Vuestra Majestad? ¿Le ha visto hasta ayer? ¿No podría ser ese caballero, cuyo nombre y Nobleza desconocemos, el mismo asesino de ese Sulkham, cuyo homicidio achaca á los míos? En estos tiempos, señor, ningún soberano puede responder de sus súbditos si no los ha tratado con frecuencia.

El anciano irguió su alta estatura, y despidiendo rayos por los ojos se adelantó hacia el sillón real.

—Príncipe de Gonzaga — dijo enérgica-

mente,—mi Nobleza es tan alta como la vuestra, y mi nombre no ha sufrido mancha alguna. Mi adhesión y mi lealtad al Rey son desinteresadas; las vuestras son hijas de la bajeza y del cálculo. Yo no he dicho que vuestras gentes hayan matado á Sulkham; pero no sería el primer asesinato que cometieran, como tampoco sería el primer asesinato que cometerais vos mismo. Ayer á media noche se batieron los seis contra ese turco solo, y no vacilo en creer que lo hicieron así por orden vuestra.

—¡Miserable! ¡Insolente!—rugió Felipe de Mantua echando mano al acero.

El Monarca intervino:

—Dad vuestra espada al Alcalde mayor—ordenó severamente.—Os habéis olvidado de que estáis delante de Nos, y habéis delinquido: primero, insultando á quien es acaso más noble que vos y merece respeto por la nieve de sus cabellos, y después, por querer provocar un lance en nuestra presencia.

Gonzaga estaba lívido de cólera. Los circunstancias sufrieron un escalofrío al contemplarle como tigre encadenado; pero se dominó. Era de los que recurren á la astucia cuando la fuerza es inútil, y con gesto de supremo dolor entregó su espada al Alcalde murmurando:

—Suplico á Vuestra Majestad que me per-

done ese arrebato que me fué imposible contener; y si Vuestra Majestad considera que debe llevarse á mayor extremo mi humillación, estoy pronto á sufrirlo todo, fuerte en mi derecho, hasta tanto que resplandezca mi inocencia y la de mis gentiles-hombres. Entonces—continuó en voz más baja, lanzando llamas de furor por los ojos y dirigiéndose al anciano,— ¡guay de vos! Hay afrentas que sólo pueden lavarse con sangre, y cuando la nieve de los años debilita el brazo, debe también paralizar la lengua.

El español murmuró irónicamente:

—Todas estas noches podéis hallarme á orillas del Manzanares; pero no acudáis solo, aunque solo habéis de encontrarme; que os acompañen vuestros siete satélites, pues quizás necesitéis de todos.

—Queda sentado—continuó Felipe V con gravedad—que el crimen fué premeditado. Las heridas de cuatro de vosotros demuestran que hubo lucha, y vuestro adversario ha desaparecido. No aguardamos más que vuestra confesión ó las pruebas evidentes de vuestra inocencia; pruebas que no creo estéis en la posibilidad de suministrar.

El Príncipe replicó:

—¿Y cómo han de probarlo, señor, si su testimonio no es igual que los de sus enemigos

en la balanza de Vuestra Majestad? Yo mismo qué puedo decir cuando ponéis mi palabra de príncipe por debajo de la de un hidalgo que chochea?

—No creemos en vuestra palabra, caballero. Desde hoy os desterramos de la corte y del suelo español.

—¿Á mí?—exclamó Gonzaga aterrado.

—Á vos. Y no creáis que vais á salir á vuestra guisa de España, con la cabeza levantada y la insolencia en los ojos. Hasta mañana vos y vuestras gentes permaneceréis presos en vuestro palacio, cuyas puertas guardará un piquete de nuestra guardia. Si de aquí á las diez de la mañana no ha parecido Sulkham, á quien mi ronda de alguaciles harán cuanto sea posible por hallar, partiréis hasta el puerto ó la frontera que elijáis, sin que os castigemos por haber urdido la trama, pero vuestras gentes quedarán aquí para ser castigadas ejemplarmente. Si parece Sulkham, podréis partir con ellos sin que se os castigue. Mañana al mediodía conoceréis vuestra suerte y estaréis dispuestos.

Imposible describir el furor de Gonzaga. Con, labios espumeantes, y ensangrentados los ojos apretaba los puños con impotente rabia. Los enrodados, poseidos de terror pánico, abrían desmesuradamente los ojos, y se apretaban ins-

tintivamente unos contra otros como bestias enloquecidas por el espanto.

—¿Dónde hallar la justicia cuando se ha divorciado del trono?—exclamó Gonzaga, olvidando que el Rey podía castigarle más severamente.—¿De qué sirven la lealtad y la nobleza si se relegan á la fila de los asesinos?

—¿No es la vuestra, Príncipe? ¿No os desterró de Francia nuestro primo el Regente por hallarse vuestras manos tintas en sangre?

El de Mantua miró al Rey aturdido é intentó hablar; pero sus palabras ahogábanse en su garganta. Sin embargo, después de prodigioso esfuerzo pudo decir:

—Sí, señor; el Regente me acusó... sin pruebas. Fui juguete de una maquinación inicua combinada por un traidor y mal nacido, cuya sangre he de beber gota á gota. Acumuló contra mí mentiras sobre mentiras, infamias sobre infamias, y fué á él á quien creyeron, como ahora han creído más que á mí á tres mendigos, un fraile quizás apócrifo, y á un viejo que encubre su cobardía con sus canas.

Oyóse un murmullo en la asamblea. El anciano se irguió con altivez. Su mirada tranquila y grave irradiaba dignidad y audacia. Extendió el brazo y tocó el hombro de Gonzaga.

—Antes de pedirnos cuenta de este nuevo in-

sulto? queréis tener la bondad de proclamar el nombre de vuestro acusador en París, con quien me comparáis?

—¿Qué os importa?

—Importa mucho. Pero en el caso de que no queráis decirlo, no faltan aquí personas que podrán hacerlo. ¿Olvidáis que os halláis en presencia de la augusta hija del Regente de Francia? ¿No habéis advertido que os conocen sobradamente la señora de Ventadour y de Soubisse y que pueden afirmar que de los dos, vos y el otro, sólo uno tenía honra, y el que la tenía no llevaba vuestros vestidos?

El Príncipe estaba frenético.

—Vamos: decidnos su nombre, y, si lo queréis, os diré en cambio el mío.

—¡Enrique de Lagardère!—rugió Felipe.—¡Y espero un día hallarle ante mi espada, como ansío veros á vos!

El Rey no se curó de interponerse: sin saber por qué, él y sus cortesanos sentían admiración y tenían fe en el valor y arrestos del anciano hidalgo.

—Tranquilizaos: mañana al mediodía me hallaréis frente á frente. Una vez arregladas vuestras cuentas con Su Majestad arreglaremos las nuestras, y confío en que, más feliz que Lagardère, encontraré frente á mi vuestro pecho, y no vuestra espalda.

—¿Qué queréis decir, señor mío?

—Que nunca se os encuentra cara á cara, porque huís.

Gonzaga soltó una carcajada que sonó á falsa.

—¿Quién os ha contado semejante cuento, seor matamoros?

El anciano pareció crecer en estatura. Brotándole chispas de los ojos adelantó un paso, y en medio del más profundo silencio dijo pausadamente:

—Me lo ha dicho el mismo Lagardère..., que soy yo. ¡Levanta la frente, Gonzaga, para que todo el mundo pueda ver el sitio en que mañana mi acero castigará tu infamia!

Y le tocó con el índice entre las dos cejas, sin que Felipe de Gonzaga osara levantar la frente.

XVI

Prisión vacía.

Gonzaga fué conducido á su morada por la Guardia real y con sus secuaces. Habitaba un grande y antiquísimo palacio que, construído primitivamente por los moros, había sufrido á causa de incendios y derribos incabable serie

de transformaciones. No quedaban de la arquitectura arábica más que los muros y una infinidad de caprichosas escaleras y de puertas, muchas de ellas secretas. Dividido en tres cuerpos, uno lo habitaba Gonzaga, el opuesto sus *enrodados*, y el de enmedio Peyrolles, como lazo de unión entre éstos y aquél. Los criados, que eran en corto número y los más indispensables, ocupaban un departamento aislado. El mayor encanto de aquella morada era un magnífico jardín que se extendía hasta muy cerca del Manzanares, y que le permitía tener los mejores árboles de Madrid.

Después de devolver su espada al Príncipe, el Alcalde mayor tomó todas las disposiciones para impedir en absoluto la salida de los prisioneros, cerró todas las puertas exteriores, dispuso los centinelas, montó la guardia, y como medida de precaución dispuso que dos rondas de alguaciles dieran vuelta constantemente en sentido inverso de Palacio.

Despidióse el Alcalde del Príncipe, que le contestó con cierta impertinencia, por aquél desdeñada, y entró en sus habitaciones seguido de sus secuaces. Ordenó que les sirvieran de comer.

—Por ser la última noche que pasamos en Madrid, y ya que no podamos bailar en los salones del Alcázar, comamos y bebamos alegre-